

Adorno las ventanas revestidas,  
Y abiertas las entradas y salidas.

El quinto aniversario es de la boda  
De Don Lope é Inés, y año tras año  
Se celebraba en la comarca toda  
Con holganza y bullicio y gozo extraño.  
Al alba repicar era la moda;  
Vestido ya el calzon de burdo paño,  
Nuevo el calzado, blanca la camisa,  
Asisten los rancheros á la misa.

El besamanos sigue, y son curiosos  
Los parabienes que los más letrados  
Hacen por fuerza oír á los esposos  
En discursos diez veces comenzados.  
En el patio peroles espumosos  
De diversos manjares regalados,  
Incidadora esparcen su fragancia  
Y al pueblo dan comida en abundancia.

Y al són de los alegres tamboriles  
Y flauta pastoril que tañe un ciego,  
Sobre el césped allí mozas gentiles  
Danzan ó atienden al azar del juego:  
Y suelen á las voces femeniles  
Gritos mezclarse de los hombres luego,  
Y salir de los cintos las navajas

A impulsos del licor y las barajas.

De la ciudad vecina, en tanto, llega  
De mancebos y damas comitiva,  
Cruza al galope la risueña vega  
Y el patio invade gárrula y festiva.  
Allí Roman, que con su potro juega,  
Contempla á Inés con atencion muy viva,  
Y paga apenas el saludo frío  
Del buen Don Lope, su tutor, su tío.

Francisco mas allá, jóven robusto,  
Hijo del mayordomo, y cuya fama  
Por la comarca vuela como es justo,  
Pues los placeres y pendencias ama;  
Sin ver del propietario el ceño adusto  
Escoge á Doña Inés para su dama  
Durante el día, y la regala flores,  
Y por patios la sigue y corredores.

Y no crea el lector que la señora,  
De suyo altiva, con semblante afable  
A Roman ó Francisco seductora  
Mostrase alguna vez risa inefable.  
Si entrambos la codician en mal hora,  
Jamás á alguno de los dos fué dable  
Hacer á Doña Inés la grave ofensa  
De decirla al oído lo que piensa.



Que está puro su nombre, y de la senda  
 No se apartó jamas de sus deberes,  
 Y el que su sola rectitud trascienda  
 Sirve de fuerte escudo á las mujeres.  
 Mas ¡ay! era preciso tener venda  
 Para dejar de ver que estos dos seres  
 En dulce lazo unidos por el cielo,  
 De la dicha y la paz no son modelo.

Y en huerto donde crece la zizaña  
 La traidora y ruin víbora anida,  
 Y á la honra limpia de la esposa daña  
 Su carencia de afecto si es sabida.  
 De las pasiones en la mar estraña,  
 Contra las recias olas de la vida  
 Solo se tiene por serena y fuerte  
 A quien ama á su esposo hasta la muerte.

Falta de aqueste amor el blando aroma  
 Al corazon de Inés, seco y herido  
 Por el genio brutal que nunca doma  
 Para tratar con ella su marido.  
 Y viendo á la bellísima paloma  
 Inquieta y ya sin goces en el nido,  
 Acéchanla con negras intenciones  
 Meciéndose en el aire los halcones.

Une en su sér á la verdad preclara

Que con solo su aspecto nos cautiva,  
 Mordaz carácter y altiveza rara  
 Que la confianza y el cariño esquiva.  
 Jamas, al parecer, brilló en su cara  
 De la dulce piedad la llama viva,  
 Ni humedeció sus ojos aquel llanto  
 Que al corazon que es bueno alivia tanto.

En el de Inés, del odio la cicuta,  
 Al riego de la hiel de sus pesares,  
 Germina y brota y crece, y más lo enjuta  
 Y lo espone á sufrir nuevos azares.  
 Junto al odio á Don Lope ábrese ruta  
 Sin encontrar los fuertes valladares  
 De la virtud, culpable simpatía  
 Hacia el jóven Roman, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante  
 No traicionó jamas, ni dió esperanza  
 A quien suspira, silencioso amante,  
 Y el fuego della á descubrir no alcanza.  
 A Inés era Francisco repugnante  
 Y lo calla tambien: mar en bonanza  
 Su faz parece; mar tranquilo y hondo  
 Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva é imperiosa,  
 Ante Don Lope tímida se humilla,



De algun tiempo á esta parte, amable esposa;  
 Mas la mirada que en sus ojos brilla  
 Cuando la ultraja aquel con ira odiosa,  
 Déjase ver como fatal cuchilla  
 Que al mayoral destina esclavo rudo  
 Mientras al látigo vil se inclina mudo.

## IV

*Por qué Don Lope vino á América.*

Mientras la esposa cubre diligente  
 Por medio del enjambre de criados  
 La mesa larga con mantel luciente,  
 Flores, frutas, manjares delicados,  
 Copillas de cristal, platos de argente,  
 Candelabros de cera coronados,  
 Cubiertos de trabajo peregrino,  
 Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo  
 Lo preciso al convite, y hechicera  
 El tontillo abultado va luciendo,  
 El talle cimbrador como palmera,  
 Los negros ojos de mirar tremendo,  
 La empolvada profusa cabellera,

Sarta de perlas, prendedor, cintillo,  
 El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector á lo pasado  
 Cinco ó seis años antes, y en privanza  
 Le haré ver á Don Lope y festejado  
 Allá en Madrid por el favor que alcanza.  
 Una misma pasión nudo apretado  
 De franco afecto é íntima alianza  
 Formó entre el noble y brusco caballero  
 Y el poderoso rey Cárlos Tercero.

Con raro afan desde que el alba asoma  
 Van los dos á cazar todos los días:  
 Montado el rey en el corcel que doma,  
 Sueltas á un lado y otro las jaurías,  
 Vaga del hondo valle á la alta loma  
 Hasta que llegan las tinieblas frías;  
 Y siempre al perseguir al erizado  
 Jabalí, á Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,  
 No siempre ha limitado sus hazañas  
 A fácil presa ó á luchar sin susto  
 Con el temible lobo en las montañas.  
 Antes su brazo enarboló robusto  
 El glorioso pendon de las Españas  
 Frente al peñon de Gibraltar temido,



Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores  
Y con ella riqueza en abundancia;  
Preciados son sus títulos y honores,  
De sus predios inmensa es la ganancia;  
Pero sus prendas deslució mejores  
Ira fatal, insólita arrogancia,  
Que al menor accidente se exaspera  
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero  
No bien tocado, en luminosa chispa  
Deja el fuego brotar; si enojo fiero  
Nubla sus ojos y sus labios crispa,  
No reconoce freno el caballero,  
Y semejante á la irritada avispa  
De su panal lanzada, va sin tino  
Hiriendo á cuantos halla en su camino.

La pasión de la caza era ya vicio  
En el famoso rey, que, al fin, acaba  
El fardo por soltar de su alto oficio  
Trocando el áureo cetro por la aljaba.  
Del poder absoluto el ejercicio,  
Y no de tino exento, encomendaba  
A la sabiduría y los afanes  
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos días,  
Trasponiendo los altos Pirineos,  
Apareció con ínfulas sombrías,  
De novedad envuelta en los arreos,  
Copia fatal de máximas impías  
Que ya ostentaba tronos por trofeos,  
Y afilaba del pueblo en la ignorancia  
Puñal que luego ensangrentó á la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron  
La fe y el entusiasmo y la hidalguía  
Que de siglos atrás innatos fueron  
Al pueblo á quien el sol no se ponía!  
La Cruz, á que los moros se rindieron,  
La Cruz, que un mundo ignoto descubria,  
Vió detenido el vuelo á que se lanza  
De la humana razón por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela  
Todo amor que no sea el de sí mismo,  
La generosa sed que gloria anhela  
Llega á trocar en sórdido egoísmo:  
A la ambición rastrera pone en vela  
Y abre á la sociedad profundo abismo,  
Haciendo al pueblo conculcar las leyes,  
Convirtiendo en tiranos á los reyes.

Tuvo el de España parques destinados



A la conservacion y fácil cria  
De corredoras liebres y venados;  
Más que al reino á sus parques atendia;  
A la planta del vulgo eran vedados,  
Y á quien mano sacrílega ponía  
En guardas, pastos, provisiones, fieras,  
Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque á su presencia  
Llegó una vez, y en ademan confuso  
Y despues de una y otra reverencia  
Cual de vasallo á rey estaba en uso,  
No sin servil temor grave ocurrencia  
En estos ú otros términos espuso:  
—De la bellota junta en la alquería  
Eché á los ciervos la racion del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto  
Que al pasar de Ramon el aldeano  
Un segador para el vecino huerto,  
A las bellotas estendió la mano.  
Volví luego á contarlas, y por cierto  
Que un hurto dellas cometió el villano.  
—¡Y la falta cuál es que en ellas notas?  
—Faltaron al monton siete bellotas.

—¡Siete años á presidio el aldeano  
Cuyos mozos me roban! el rey dijo.

Llegó Ramon y suplicó en vano  
Que revocara la sentencia; el hijo,  
A quien la esposa trajo de la mano,  
Al rey miraba con afan prolijo,  
Con inocentes lágrimas los ojos,  
Ramon, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva  
La reina Amalia, de virtud dechado,  
Vino cerca del rey, y el rey la esquivo  
Con terrible ademan y gesto helado.  
Trémulo el labrador, la faz altiva,  
Se levanta y, de guardias rodeado,  
Como si fuese reo de homicidio,  
Con la cadena al pié marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada  
La ira en todo el lance reprimida  
De Don Lope en el pecho, desatada  
Con voces de furor se abrió salida.  
En su buen corazon y en su alma honrada  
De la justicia el sentimiento anida,  
Y al verla hollar, en ciego paroxismo  
El respeto á su rey quebranta él mismo.

—¡Quién vió jamas de iniquidad tal muestra?  
¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,  
Porque con él la maltratase vuestra



Mano real! — le dice y le asegura  
 Del brazo izquierdo con la fuerte diestra,  
 Y en sus ojos la cólera fulgura,  
 Y la corte de escándalo dá un grito  
 Y ve al rey y á Don Lope de hito en hito.

Cárlos, un punto estupefacto y mudo,  
 Si bien el rostro pálido de ira,  
 Rechaza al noble con esfuerzo rudo,  
 Ase la daga y con horror le mira.  
 Y como quiso hablar y hablar no pudo,  
 A la inmediata alcoba se retira,  
 Y entre la confusion que el lance deja  
 Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España  
 Renunciando sus títulos y honores;  
 Hondo pesar el corazon le daña  
 Al recordar del rey altos favores.  
 Quiso aplacar su enojo y justa saña  
 Y á tal fin le escribió de las Azores,  
 Do, con supuesto nombre, en triste dia  
 Halló refugio impune su osadía.

Cárlos le perdonó; pero le cierra  
 La augusta majestad, dél ofendida,  
 Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,  
 Y le manda que en México resida.

Tal porvenir su espíritu no aterra;  
 La mar, en el invierno enfurecida,  
 Surca su nave audaz con rumbo cierto  
 Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

## V

*Casamiento de Don Lope.*

Mayo espiraba ya, tras sí dejando  
 Rico matiz de flores en la tierra,  
 Cielo de oscuro azul, céfiro blando,  
 Verde y sin nieve alguna el alta sierra.  
 Si pardo nubarron se va formando  
 Y si retumba el trueno en són de guerra,  
 Es que se anuncia á campos y ciudades  
 El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo  
 El pájaro cantor, murmura el rio  
 Reverberando al sol, cruzan el cielo  
 En bandadas las aves del estío,  
 Y se destacan del quebrado suelo  
 Pardas las torres, blanco el caserío;  
 Y la ciudad á celebrar se apresta  
 Del corpus hoy la religiosa fiesta.



Del fresno y liquidámbar enlazados  
 Forman los tallos enramada umbrosa  
 Por las alegres calles, y á los lados  
 La multitud se agolpa silenciosa.  
 Hay altares riquísimos alzados  
 Acá y allá, do el Sacramento posa,  
 Y el soplo hace ondular del aura amiga  
 La llama del blandon, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro  
 De las campanas su clamor da al viento;  
 De atambores y pífanos el coro  
 Suena si calla musical concento.  
 Lleva el pastor en relicario de oro  
 La Augusta Majestad del Sacramento,  
 Y al pasar de soldados entre hileras  
 Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesion y se adelanta,  
 El estandarte de la cruz llevando  
 Con brazo fuerte y con segura planta,  
 Noble anciano que ejerce civil mando.  
 Turba de niños que la vista encanta  
 Angeles ó sibilas figurando,  
 Sigue despues, y porta pebeteros,  
 Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso

Que arde en braseros de bruñida plata,  
 Se oculta el Dios que con poder inmenso  
 Enfrena el mar y el aquilon desata.  
 Mírale el sol desde el zenit suspenso,  
 Y su alabanza en armonía grata  
 Ensayan aves, céfiros y fuentes,  
 É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡ Tiempos de dulce paz y fe sincera  
 En que la vida resbaló tranquila  
 Cual arroyo que cruza la pradera  
 Hasta llegar al mar do se aniquila!  
 Llama apacible que con mano artera  
 No apaga la impiedad, ni al viento oscila  
 De la funesta duda, la Fe santa  
 La vida alegre y el sepulcro encanta.

¡ Tiempos de fe y amor! ¡ Si fuese dado  
 Teneros en lugar de los presentes!  
 Contra sí, contra el cielo se han alzado  
 En su impiedad las orgullosas gentes:  
 De Dios y de su Ley han blasfemado,  
 Profanan los sepuleros, y dementes  
 Cierran contra los templos seculares  
 Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto  
 A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra



Y sangre hace verter y largo llanto,  
De acero armada asoladora Guerra.  
Negras las torpes alas, negro el manto,  
Sobre la faz de la afligida tierra  
La Peste vuela, y en su oscuro seno  
Halla solo refugio y paz el bueno.

¡ Si los hallase yo bajo la sombra  
De aquellos resonantes platanares,  
Donde de flores hay perenne alfombra  
Y embalsaman la atmósfera azahares;  
Donde el cariño paternal me nombra;  
Donde el rincón de mis antiguos lares  
Muestra limpios blasones de nobleza,  
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡ Engañosa ilusión! ¡ Inútil voto!  
En este mar de que salir anhelas,  
Pobre alma mía, y que enfurece el noto,  
Boga mi nave audaz rota y sin velas.  
Siendo inesperto y débil el piloto,  
En el fondo, cual tímidas gacelas  
Atadas van, para que más te aflijas,  
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas. —

Vuelvo á mi narración. Triste y cansado  
De contemplar la estéril playa ardiente  
Que con sus ondas bate el Golfo airado,

Intérnase Don Lope. Alta pendiente  
Encumbra su corcel, ya fatigado,  
Y el caballero aspira fresco ambiente,  
Y entre el quebrado monte y fértil vega,  
Jalapa ante sus ojos se despliega.

Creyó ver á los lados del camino,  
Que cual serpiente inmensa se estendía  
En llano de labores peregrino,  
Los campos de la hermosa Andalucía.  
Brillaba el caserío alabastrino  
Con el rayo del sol de medio día,  
Sobre el fondo del monte azul ó verde,  
Donde á trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;  
Citlaltepetl su majestad domina,  
Coronado de nieves que abrillanta  
El astro rey; en la región vecina  
Los sitios mirando el labriego planta;  
Allá el espeso bosque y la colina;  
La blanca oveja más acá retoza  
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,  
Y en la ciudad penetra y le parece  
De frescas flores primoroso cesto  
Según la gala que á su vista ofrece.



Cruza las calles y con paso presto  
 Hacia el lugar donde el gentío crece  
 Diríjese curioso, y ver consigue  
 La procesion que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,  
 El cielo azul, el perfumado viento,  
 Los ecos de la música armoniosa,  
 De las campanas el alegre acento,  
 El alma varonil, pero piadosa  
 De Don Lope, conmueven al momento:  
 La faz inclina, y con ternura intensa  
 En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida  
 Coronados balcones y ventana  
 De hermosas damas; dominando erguida  
 A las otras esbelta mexicana  
 Con ricas galas y primor vestida,  
 Soles los ojos, las mejillas grana,  
 En el hidalgo su mirada puso  
 Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira  
 Con solo ser gentil, modesta y blanda;  
 Es la altiva beldad que cuando mira  
 Las almas quema y con imperio manda.  
 Quizá ajeno al amor, mas no á la ira,

Nunca su fuerte corazon se ablanda;  
 Lleva en su faz los rasgos uno á uno  
 De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero  
 Por mas que luego quiso, ya no pudo,  
 Si bien lo que en su sér sintió primero  
 Más que grata emocion fué golpe rudo.  
 De Inés los ojos de mirar severo  
 De la ventana al pié le tienen mudo;  
 Le ofusca más y más su brillo ardiente  
 Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla  
 Y á quien el plomo del inglés no abate,  
 En esta nueva lid fuerzas no halla  
 Y de rubor se queda hecho un granate.  
 Pasa el tiempo y en áspera batalla  
 Más cada dia el corazon le late  
 Por la doncella en quien su dicha funda,  
 Y el cuello dobla á la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero  
 Que sus caudales sepultó en las minas,  
 Y halló en la pretension del caballero  
 Vetas de plata y oro peregrinas.  
 Para avío tomó de su dinero  
 Con desenfado sumas no mezquinas;



Su paloma le dió con todo y garras,  
Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,  
Por interes y orgullo fué su esposa,  
Y se fingió bellísima existencia  
Libre de afanes y pobreza odiosa;  
Y Don Lope, al tomar en la presencia  
Del cura aquella mano deliciosa,  
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,  
Que el corazon de Inés era de cieno.

## VI

*Vida doméstica.*

Pasan los primeros dias  
Que siguieron á la boda  
En fiestas, danzas, paseos,  
Visitas y ceremonias.

De los hombres envidiado  
Es Don Lope, y es su joya  
Por rica y feliz, envidia  
De las jalapeñas todas.

En la mañana y la tarde  
Vagan, departiendo á solas,  
Por las pintorescas cumbres  
Y las cañadas umbrosas.

Y al vago rumor del viento  
Que entre los árboles sopla,  
Y al són de arroyos y fuentes  
Que el sol con sus rayos dora,

Se cambian suspiros tiernos  
Cual enamoradas tórtolas,  
Sus juramentos repiten  
Y planes de vida forman.

En la noche, cuando brilla  
Desde la celeste bóveda  
Luna apacible inundando  
En su luz valles y lomas,

Sale en cabalgata á veces  
Inés, manejando airosa  
Corcel que altivo relincha  
Y espuma cándida arroja.

O ya en las pintadas salas  
Do suenan risas y bromas,  
Y cuyo estremado aseo